

## ATARDECE DESPACIO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

### AEROPUERTO

Viva aún la ternura  
del profesor de Roma  
visto en el aeropuerto.  
Ayudaba a su esposa,  
en aquel maremágnum  
de vuelos y equipajes.

La juventud que fue  
aviva en las maneras,  
rechazando los años,  
y de vigor inunda  
otro tramo de vida  
que, imprevisiblemente,  
se muestra tan hermoso.

Se alejaron seguros,  
por los anchos pasillos.  
El adiós, en el aire  
con ruidos y altavoces.

De sus cuerpos el bulto  
se empaña en lejanía.

Este poema pertenece a *Regresos (Inédito)*, en *Atardece despacio*, obra de Dionisia García. *Poesía completa (1976-2017)*, editado por Renacimiento.<sup>1</sup>

El libro, compuesto por treinta y cinco poemas, equivale a un punto y seguido para unas obras, que nunca serán completas, aún el tiempo la acompaña. Recoge las impresiones de viajes, en los que, aunque figuran nombres diversos y distantes,

<sup>1</sup> Dionisia García, *Atardece despacio, Poesía completa (1976-2017)*, Sevilla, Renacimiento, 2017.

nunca, la poeta, ha dejado de estar en el mismo sitio. El libro se cierra con el poema *Sensaciones*, y éste con los versos: *Afortunado el cambio / donde lo igual es nuevo*. Claro mensaje contra la rutina, ese estado en el que los días siempre iguales, parece que hubiesen acabado con la novedad. *Lo igual es nuevo*, no es un juego de palabras, más o menos brillante, por el contrario, revela un mundo en el que distinguimos entre ver y mirar, dicho de otro modo, entre estar y ser.

Dependemos de nuestra disponibilidad. María Zambrano gustaba de esta sentencia árabe: bebe en el pozo y deja beber.

Me he detenido en este poema, mientras leía sobre sus viajes. Nada tan impersonal como un aeropuerto, a veces uno llega a la conclusión de que no es sino otra maleta, que se sienta y aguarda hasta el próximo destino. Pese a que cada rostro es una biografía, próximos o distantes, parecen absolutamente desconocidos. Las estaciones son lugares más lentos, integrados en el paisaje urbano.

Estos versos, breves pero exactos, nos remiten a un instante salvado del caos de la prisa. El tiempo que nunca se detiene, parece que se hubiese serenado, y convertido en estanque. La palabra rescata el momento y sucede el milagro. De ahí la necesidad del poema.

En mi lectura he intentado acercarme a los elementos que componen la imagen que dará lugar al texto, y la convierte en otra realidad que, a su vez, encierra todo aquello que permanece a la espalda del fotógrafo.

A veces he imaginado historias de reencuentros, en este espacio, donde suenan constantes llamadas, horas de partidas y llegadas. A veces como un guiño en el panel, unos, identificado el vuelo y conocida la puerta, por fin caminan seguros; mientras, otros, confusos, aguardan.

El aeropuerto, es un lugar de encuentro, cuando la familia identifica al hijo, que con maleta, camina entre todos los pasajeros del último vuelo. La novia y el novio, que se abrazan, los niños cuando se lanzan, rompiendo ese protocolo riguroso, en el que los viajeros como dormidos, parece que saliesen de un tubo, que enlaza el punto de partida y este de llegada.

Dionisia, convertida en observadora, ha enmarcado la figura de esa pareja, cuya identidad se borra en un bulto, que se pierde en la lejanía.

¿Cómo se atrapa este momento? El primer verso, encierra ya el poema: *viva aún la ternura*. Si dice viva, significa que, testigo y objeto comparten la emoción. Al elegirlos, los ha separado de una masa anónima y al mismo tiempo, gracias a ese *aún*, les ha concedido un presente duradero, que aquietta el continuo movimiento, al que todos están condenados en el aeropuerto. Además, si agregamos *la ternura*, la distancia desaparece, y esta palabra, como un abrazo recoge el instante.

El siguiente verso: *del profesor de Roma*, lo identifica entre la gente, se trata de un profesor, con el que es seguro ha tenido alguna relación, sitúa al conocido, en una profesión respetable, aquel que transmite información, que muestra el mundo, que se entrega, porque considera que, lo que dice, puede influir positivamente en la formación de sus alumnos. En cuanto a la localización, la palabra Roma, encierra todo un mundo, en sí es arte, monumento, imperio, ciudadanía, lengua y cultura, origen de nuestra civilización.

Los que siguen: *visto en el aeropuerto / ayudaba a su esposa*. Nos hace caer en la cuenta de que desconocemos el nombre del profesor y el nombre de su esposa. Pero aquí no importa. Si se tratase de un relato, quizá fuesen necesarios, sin duda facilitarían la narración, pero el poema es síntesis y por tanto, solo coloca lo imprescindible, aquello que va a ser recordado. De pronto, al destacar entre el maremágnum de vuelos y equipajes, la pareja ha vencido esa condición de objeto, a la que el aeropuerto nos reduce.

En la siguiente estrofa, introduce un elemento fundamental, constitutivo de toda vida, el tiempo, y la memoria de ese tiempo, contrasta entre la juventud y madurez. Esa juventud que fue, se refleja en el verbo que utiliza: *aviva*. Se dice que avivamos el fuego y, por un momento, aumenta su potencia. El fuego que parecía dormido, cubierto de ceniza, al avivarse, muestra su ser, y por tanto su vida. De ahí que ahora recordemos la primera palabra, *vivo*, donde el yo es y está, y ese *aviva*. De este modo se unen las dos vidas, una, porque nos sitúa en el presente, la otra, porque rechaza y anula los años: *y de vigor inunda / otro tramo de vida*.

Juventud, madurez, vejez, son tramos que podríamos reducir a un perfil, como esos gráficos que la estadística muestra. Hablo de curvas, más o menos pronunciadas o de picos agrestes, que recuerdan esa atmósfera compleja, difícil, que constituyen las relaciones humanas, aquello que algunos han llamado el infierno son los otros. ¿Cómo es la figura que Dionisia presenta? Equilibrada, serena, aunque el observador advierte, sorprendido: *imprevisiblemente*, por tanto, excepcional, no está previsto en la lógica secuencial. Rota la barrera que la edad obliga, lo que ve, resulta hermoso.

La fugacidad, cuyo emblema fue la rosa, parece que se toca en el aeropuerto, somos tiempo en el tiempo, y su esencia es una perpetua agitación. Ahora, quien observa, descubre que la imagen del profesor y su mujer, tierna, hermosa, se aleja. Probablemente han dicho adiós y la estampa serena, se pierde entre la gente. Sin embargo, ese instante, constituye otra realidad.

Ahora hay que cerrar el poema, y entre el ruido de los altavoces, los vemos por los anchos pasillos. A un lado, comida rápida y café rápido; al otro, múltiples oficinas donde las compañías aéreas se exhiben, y sus azafatas invitan al constante viaje.

Finalmente: *De sus cuerpos el bulto / se empaña en la lejanía*. Parece que hubiesen recobrado su ser de cosa entre las cosas, tan propio de los aeropuertos. Sin embargo, la imagen, ya humanizada, permanece en ese cristal borroso que la emoción de la despedida concede.